

DISERTACION

SOBRE

LA CANONICIDAD DE LOS LIBROS SANTOS. (*)

NADA es mas importante que convenir en una regla que pueda servirnos para fijar nuestra creencia en general, sobre todos los puntos disputados en lo que toca á la Religion. Las heregias no han continuado, despues de su condenacion, sino porque sus defensores no han admitido una regla á que debieran sujetarse. Si los Arrianos hubiesen reconocido la autoridad de la Iglesia congregada en el concilio de Nicea, su error no hubiera hecho los progresos que hizo despues de esta santa reunion, y la Iglesia no se hubiera visto agitada con tantas turbulencias y facciones. El empeño que tenian estos hereges de hacer valer su opinion, los indujo á convocar muchas juntas, á componer muchas diferentes fórmulas de fe que se contradecian mutuamente, y que se encaminaban á destruir, si hubiera sido posible, la que se habia hecho en el concilio. Lo mismo podemos decir de todas las heregias cuyos inventores se extraviaron por no haber querido admitir una norma cierta é infalible, y despues de haber sostenido el error han procurado perpetuarlo, dando por reglas las invenciones de su propio genio, y multiplicando las fórmulas que tenian por objeto arruinar la única verdadera.

Lo que decimos en general de la necesidad de una regla infalible para fijarse en la creencia obligatoria de los dogmas decididos, debe aplicarse en particular á lo que debe fijarnos en cuanto á la canonicidad de los libros de la Escritura Santa. Es preciso admitir una regla que nos reuna á todos en una misma creencia; sin esto, unos rehusarán recibir como canónico un libro que otros admitirán como tal. M. Mille reconoce que la epístola de Santiago ha sido recibida como canónica en Oriente y Occidente, y hasta en los paises meridionales, desde el quinto siglo; y que como tal ha tenido autoridad en toda la Iglesia; lo cual confirma este hábil crítico con pruebas muy positivas. Véase aqui un consentimiento general de toda la Iglesia desde el tiempo de San Agustin, bastante para fijar á todo el que sabe los justos límites de la sumision cristiana y racional. Los Calvinistas, al parecer movidos por este consentimiento general, no han opuesto á él su propio espíritu ó gusto particular que se ha conformedo sin duda con el juicio del concilio de Cartago, el cual puso esta epístola en

I.
Nada es mas importante que convenir en una regla que pueda fijar la creencia.

(*) La sustancia de esta Disertacion es tomada de la de M. Vance, sobre el mismo asunto.

el número de las Escrituras canónicas, igualmente que el Santo Papa Inocencio I. en el catálogo que nos dió de los libros Santos. No obstante este consentimiento general de todas las Iglesias desde el siglo quinto, Lutero y los Luteranos rechazan con obstinacion la carta de Santiago; ellos deciden por su espíritu privado y por su gusto personal, que jamas podrá servir de regla para fijarnos y reunirnos en una creencia. Lo mismo podemos decir de la epístola á los Hebréos rechazada tambien por los Luteranos, aunque los Calvinistas la reciben entre los libros canónicos, conforme á la tradicion. Lo mismo sucede con el Apocalipsis rechazado por Lutero y admitido por Calvino. ¿De dónde nace esa diversidad de opiniones, sino de que no se quiere reconocer una autoridad á la cual debamos someternos y que pueda servir de regla para desvanecer todas nuestras dudas?

II.

La autoridad de la Iglesia es la regla que debe fijarnos sobre la canonicidad de los libros santos.

La diversidad de sentencias en un punto tan esencial como la canonicidad de los libros santos, puede servir de prueba para manifestar cuan necesario es reconocer por regla la autoridad de la tradicion y de la Iglesia; de esto se han penetrado bien todos los católicos, y se puede decir que por esta razon, los concilios y los Papas, y aun algunos antiguos doctores nos han dado catálogos de los libros que componen la Escritura Sagrada. Desde los primeros siglos tenemos el catálogo de Melitón, obispo de Sardis (1), que lo formó hácia el año 170, sobre lo que habia podido recoger del testimonio de los que gobernaban las Iglesias de Oriente. En el cuarto siglo, los Padres reunidos en el concilio de Laodicea (2), formaron otro. En 397 el concilio nacional de Cartago hizo lo mismo. En 405 el Papa San Inocencio dió uno semejante en su decretal á San Exuperio obispo de Tolosa. San Gregorio Nacianceno en una de sus poesías nos dió otro catálogo de los libros santos. San Agustin en sus libros de la Doctrina Cristiana (3) nos dió otro. Y el del concilio de Trento es enteramente conforme al de Cartago de que acabamos de hablar, y al de San Agustin.

Hácia el año 494 se tuvo en Roma un concilio, á que asistieron setenta obispos. Allí se formó un catálogo de los libros sagrados, y se dictó luego un decreto sobre los apócrifos. Este decreto se atribuye ordinariamente al papa Gelasio I. De cualquier papa que pueda ser, él es muy antiguo y de grande autoridad. El catálogo de los libros santos que allí leemos, es semejante al que muchos siglos despues se formó en el concilio de Trento; con la diferencia que en el de Roma se menciona un solo libro de los Macabeos, acaso porque entónces los dos hacian uno, si no es que haya errata en el texto, lo que no queremos asegurar sin prueba.

La antigua costumbre de la Iglesia de declarar cuáles libros son canónicos, es acaso la prueba mas clara para convencernos de que debemos estar á su juicio, para fijarnos en la creencia que debemos prestar sobre la autenticidad de los libros canónicos; juicio tanto mas seguro é infalible, cuanto debemos mirarla como la columna y fundamento de la verdad (4), porque es la casa de Dios y su Igle-

(1) *Euseb. Hist. Eccl. l. iv. c. 26.*—(2) *Conc. Laod. c. 60.*—(3) *L. II c. 8.*—(4) *Tim. III. 15.*

sia, á quien debemos escuchar con espíritu de obediencia y sumisión; pues *el que* (dice nuestro Señor) *no escucha á la Iglesia será considerado como gentil y publicano* (1). El la gobierna siempre y nunca la abandonará; él ha prometido á sus pastores que estará con ellos hasta el fin del mundo: *Estad seguros*, dice el Divino Salvador, *de que yo siempre estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos* (2).

El primer concilio de Toledo tenido el año de 400, da una regla general en el cánón xii despues de la profesion de la fe, en estos términos: „Si alguno dice ó cree que hay otras Escrituras canónicas diferentes de las que recibe la Iglesia Católica, sea anatematizada.” Debemos pues juzgar de la canonicidad de los libros de la Escritura por la autoridad de la Iglesia.

Este principio sirvió siempre de norma á San Agustin. En un tratado en que refuta los escritos de los Maniqueos, habla así á un individuo de aquella secta: „Si encontraseis alguno que no creyera al Evangelio ¿qué hariais cuando os dijese, yo no creo? En cuanto á mí, añade el Santo Doctor, yo no creeria al Evangelio, si no me determinara la autoridad de la Iglesia Católica. (*Ego vero Evangelio non crederem, nisi me Catholicae Ecclesiae moveret auctoritas.*) Aquellos á quienes yo me sometí, cuando me dijeron creed al Evangelio, merecen tambien mi sumision cuando me dicen que no crea á los Maniqueos (3).” Es decir que como las decisiones de la Iglesia impiden á los fieles dar crédito á los discursos de los hereges, y los obligan á mirarlos como legítimamente condenados; así lo que decide sobre la autenticidad de los libros canónicos, debe servirnos de regla para reconocer como divinos todos los que propone como dignos de ser recibidos por tales.

En otro lugar (4) San Agustin explicando la diferencia entre las Escrituras canónicas y las que no lo son, dice que se deben leer ántes que las otras las que lo son verdaderamente, á fin de estar prevenidos y fortificados contra los errores de los escritos apócrifos; y que para reconocer cuáles Escrituras son canónicas, es menester seguir al mayor número de las Iglesias católicas, y someterse á su autoridad, siendo muy respetable la de aquellas Iglesias que fueron fundadas por los apóstoles y á las cuales ellos dirigieron cartas. ¿Quién no reconocerá en esto la preeminencia de la Iglesia Romana, que segun la expresion de San Ireneo (5), ha sido fundada por los dos gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo, y á la cual el último dirigió la admirable y profunda epístola escrita á los Romanos? Pero sigamos el texto y razonamiento de S. Agustin. „Ved aquí, continúa, la regla que debe tener un verdadero católico: cuando se trata de las Escrituras canónicas, debe preferir las que están recibidas por todas las Iglesias á las que unas admiten y otras desechan; y entre las que no están generalmente recibidas, debe anteponer las que califican de canónicas las Iglesias mas considerables y en mayor número, á las que reciben las

III.
S. Agustin
reconoció y
siguió esta
regla.

(1) *Matt. xviii. 17.*—(2) *Matt. xxviii. 20.*—(3) *Contra. Epist. fund. c. v. n. 8.*—(4) *De Doctr. christ. l. ii. n. 12.*—(5) *Adv. haer. l. iii. c. 3.*

"Iglesias menos principales y en menor número." Y si un fiel reconoce que ciertos libros son recibidos por el mayor número y otros por menos Iglesias pero mas considerables y de mas autoridad, lo que segun San Agustin será muy raro y difícil, "Yo creo, dice este Santo Doctor, que entónces debe darse igual autoridad á aquellos libros." Esta regla tan prudente supone sin duda que la autoridad de la Iglesia es la única á que debemos referirnos para juzgar con acierto de la canonicidad de los libros de la Escritura.

Conviene reflexionar ademas que ya no estamos en el caso de esa division de Iglesias sobre la canonicidad de las Escrituras. El decreto del santo concilio de Trento, (1) ha reunido á todos los fieles en la misma creencia acerca de los libros que debemos admitir como Escritura Santa y canónica. Si algo pudiese contribuir á la confirmacion de este decreto seria el consentimiento de la Iglesia griega, la cual en este punto como en otros que ántes causaron la separacion de nuestros hermanos rebeldes á la voz de la Iglesia, está ya perfectamente de acuerdo con nosotros, y recibe todos los libros que nosotros miramos como canónicos.

No nos extenderemos aquí en probar la necesidad de admitir la tradicion y la infalibilidad de la Iglesia en sus decisiones. Es verdad que lo que acabamos de establecer sobre la canonicidad de los libros de la Escritura y la regla segun la cual se debe juzgar de ella, supone estas dos verdades; pero se hallan tan sólidamente establecidas en obras compuestas al intento, que nos parece inútil añadir cosa alguna á lo que hemos referido de San Agustin. Los que quieran ilustrarse mas sobre esta importante materia, pueden consultar á Melchor Cano (2), y las sabias controversias del cardenal Belarmino.

IV.
Variaciones
y dificultades
de los
Luteranos y
Calvinistas
por no reco-
nocer como
única regla
la autoridad
de la Iglesia

Mas para restringirnos á la cuestion presente, es útil observar que los Luteranos se han visto á veces obligados á reconocer que el consentimiento de los pastores y la autoridad de la Iglesia presentan una prueba y un medio seguro para determinar á los fieles á recibir como inspirados ciertos libros y á separar otros de esta clase; este era el parecer de Melanchton, uno de los mas moderados del partido de los Calvinistas. En la confesion de fe hecha en nombre de los de Francia hemos en el artículo IV: "Nosotros reconocemos por libros canónicos que contienen la regla de nuestra fe, los que acabamos de citar; y los reconocemos por tales, no solo por el consentimiento comun de la Iglesia, sino tambien, y mucho mas por el testimonio y persuasion interior del Espíritu Santo." Ellos dan pues alguna autoridad para el consentimiento de los libros santos al consentimiento comun de la Iglesia; pero la atribuyen mayor al testimonio y á la persuasion interior del Espíritu Santo. Si por esta persuasion entendieran el socorro de la gracia y de la luz del Espíritu Santo, necesario á cual quier fiel para hacer un acto de fe, nada duran en que no convengamos todos; pero no es eso de lo que se trata. Para que yo haga este acto de fe, es menester que las verdades me sean pro-

(1) Sess. iv. in dec. de Scrip. can.—(2) De Loc. theol. l. III. c. IV.

puestas, y en este sentido dijo el Apóstol: „¿Cómo creerán en aquel „de quien no han oído hablar? ¿Y cómo oirán si nadie les predi- „ca?” (1) Yo escucho á la Iglesia y á los que me hablan en su nombre. Mas ¿qué harán los Luteranos y Calvinistas para conocer los artículos sobre los cuales deberán hacer actos de fe? Esto es lo que los ha puesto y los pone cada día en embarazos de que no pueden librarse, por falta de una regla cierta que puedan seguir sin temor de extraviarse. Verdad es que pretenden haberla encontrado y quieren que se tenga por segura; pero las variaciones que se notan en sus diferentes sistemas, dan bastante á conocer que no han podido hallar alguna que les dé total seguridad. Los primeros Luteranos, siguiendo las huellas de los Wiclefistas, han dicho que la Escritura no necesitaba la aprobación de la Iglesia; que ella se manifestaba por sí misma; que se debía juzgar de su divinidad por la luz que aparece é introduce desde luego en los espíritus; que cualquiera ayudado por la luz del Espíritu Santo y de la fe, descubría inmediatamente que la Escritura que se le presentaba debía recibirse como canónica, ó desecharse por faltarle el carácter que hiere al primer golpe, lo mismo (dicen) (2) que distinguimos la luz de las tinieblas sin necesidad de alguna autoridad que nos haga advertir el resplandor que lleva consigo su impresión, y que por sí se hace sentir. Añaden que tan fácilmente distinguiremos las Escrituras canónicas de las que no lo son, como hacemos el discernimiento de lo dulce y de lo amargo, como conocemos la diferencia entre lo blanco y lo negro. Comparan la evidencia con que se hace conocer la Escritura, á la evidencia de los primeros principios ó de las primeras nociones. No se piden pruebas ni autoridad á un hombre que asegura que dos y dos son cuatro; esta es una noción tan clara y tan cierta que se hace conocer á primera vista. Los principios sobre que proceden los filósofos, sirven para probar las otras verdades que no son tan evidentes; pero ellos mismos no pueden probarse; porque son mas evidentes que todo lo que se podría proponer para demostrarlos. Lo mismo sucede, según ellos, con las Divinas Escrituras; por ellas se debe juzgar de todas las demás cosas en materia de Religión; pero para juzgar de su verdad y canonicidad no podemos tener otro medio que el gusto ó sensación interior. Así discurrían los primeros Luteranos; pero es preciso convenir en que los posteriores han cambiado notablemente de principios, pues conceden mucho al consentimiento de toda la Iglesia cuando se trata de reconocer la canonicidad de los libros santos; y sin duda no se han adherido á este parecer muy aproximado al de los Católicos sino porque han visto grandes inconvenientes en el de los Wiclefistas, que abrazaron los primeros Luteranos.

En efecto: ¿cómo podríamos probar por el pretendido carácter de evidencia, que el libro de Rut, el de Ester ó el de Job, son libros verdaderamente canónicos? Qué evidencia se encontrará en el Cántico de los cánticos, para declararlo canónico mas bien que al

v
Insuficien-
cia de la
prueba to-
mada del

(1) Rom. II. 14.—(2) Tom. Wald. I. II. Doctr. c. 19.

pretendido
caracter de
evidencia.

libro de Tobías en que se contienen máximas de una piedad tan sólida y tan pura?

Un antiguo herege llamado Basílides, afirmaba que habia habido otros profetas á mas de aquellos cuyas obras tenemos entre los libros del Antiguo Testamento, y citaba para probarlo á un cierto Barcabas, un Barcob y otros de la misma especie. Hay razones de todas clases para dudar de la existencia de estos pretendidos profetas, y Eusebio dice con buenos fundamentos (1) que jamas existieron. Sin embargo, si un escritor imbuido en los principios de nuestros contrarios hubiera querido refutar esta ficcion, Basílides le habria sostenido que á mas de los cuatro profetas mayores, y de los doce que se llaman menores habia habido otros, y que la Escritura misma los menciona. A un católico bastará para cerrar la boca á este herege decirle, que pues la Iglesia no los reconoce por autores de libros sagrados, él tiene derecho de rechazar los que se les atribuyan. Pero á un luterano que no tiene que oponer sino su pretendida luz y evidencia, Basílides le alegrará el mismo argumento por su parte.

Pasemos aun á otros ejemplos. Hubo hereges antiguos que rechazaron los Evangelios, bajo el pretexto de que Jesucristo ni escribió nada por sí mismo, ni mandó á sus apóstoles, ni á alguno de sus discípulos que escribiesen cosa alguna de su vida ó de sus instrucciones. S. Agustin habla de estos hereges (2). Otros segun S. Ireneo (3) y segun Eusebio (4) han rechazado todas las epístolas de S. Pablo. Otros segun el testimonio del mismo Eusebio (5) y de S. Agustin (6), han desechado todas las Escrituras del Antiguo Testamento. ¿Cómo podrian nuestros contrarios combatir á estos hereges? ¿De qué medio se valdrán para probarles que deben reconocerse los cuatro Evangelios que tenemos, las catorce epístolas de S. Pablo, y los libros del Antiguo Testamento? ¿Dirán que no deben desecharse aquellos escritos que han sido reconocidos por la mayor parte de los antiguos Padres y de los escritores eclesiásticos? Pero esto seria recurrir como nosotros á la autoridad de la tradicion, y nuestros Reformados no quieren atender á este argumento. ¿Opondrán á las dudas de los antiguos hereges esa luz brillante que hace reconocer desde luego un libro por canónico? Será muy fácil á los referidos sectarios inutilizar esta prueba, diciendo que la pretendida luz no se les deja ver, ni se les hace sensible. Esta razon urge mucho contra los Luteranos por un tercer ejemplo.

Lutero y sus primeros discípulos rechazaban la epístola de Santiago, la cual tenia para ellos tan poco de la luz y resplandor que da á conocer un libro canónico, que Lutero lleno de desprecio hácia ella decia que era una carta de paja: *Epistolam stramineam*. ¿Calvino fue mas perspicaz para percibir la luz y resplandor de esta carta? El la recibió ciertamente y la respetó como divinamente inspirada. ¿Por qué la luz que obró en el espíritu de Calvino, no se dejó sentir del de Lutero? Digámoslo mejor: ¿por

(1) *Hist. Eccl.* l. iv. c. 7.—(2) *Retract.* l. ii. c. 16.—(3) *L.* i. c. 26.—(4) *L.* iii. c. 27. *hist.*—(5) *L.* v. c. 28.—(6) *Centr. Faust. variis in locis.*

que la autoridad de tantos concilios y de tantos autores eclesiásticos que han recibido como canónica la epístola de Santiago, por qué en fin la autoridad de la Iglesia no hizo impresion sobre el espíritu de Lutero para hacer que la viese como digna de colocarse en el orden de las Escrituras canónicas? Lo mismo podemos decir del libro del Apocalipsis reconocido como canónico por los Calvinistas, y rechazado por Lutero.

Se han demostrado de tal modo los inconvenientes de la pretendida evidencia que hace distinguir un libro canónico del que no lo es, que nuestros contrarios, ó mas bien los enemigos de la autoridad mas legítima y mas respetable, que es la de la tradicion y la de la Iglesia siempre subsistente, se han reducido á decir que para juzgar de la canonicidad y del sentido de las Divinas Escrituras, era menester ocurrir al testimonio íntimo que el Espíritu Santo nos da dentro de nosotros mismos, y por el cual nos induce á reconocer por canónico un libro, persuadiéndonos que ha sido divinamente inspirado, y que debemos recibirlo como parte de las Escrituras Santas.

Pero ¿qué diremos de este espíritu ó de este movimiento que él excita en nosotros? Si es comun á todos, ¿por qué hace impresiones tan diferentes que lo que á uno parece divino, otro lo juzga muy comun y digno de compararse con la paja? Si este instinto del espíritu es particular, acordémonos de lo que dice el apóstol San Juan cuando da á los fieles este aviso tan saludable: *Amados míos, no creais á todo espíritu, sino probad si los espíritus son de Dios; porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo* (1). Sin duda estos falsos profetas se gloriaban de hablar en nombre de Dios, y por movimiento del Espíritu Santo; pero por eso mismo el apóstol San Juan se esmeró particularmente en instruir á los fieles á fin de prevenir su atencion para que no se desjasen sorprender del engaño, examinando si los que les hablaban en nombre de Dios, estaban verdaderamente animados de su Espíritu. Para que su juicio fuera cierto, San Juan da reglas por las cuales pudieran asegurarse de que aquellos seductores no eran enviados de Dios; como el oírlos predicar doctrinas contrarias al misterio de la Encarnacion. Mas en cuanto á la materia que tratamos, ¿podremos creer que se deba mas bien deferir al espíritu de Lutero y de Calvino que han rehusado el libro de Tobías, que al que guiaba á la mayor parte de los Santos Doctores de la Iglesia que han calificado este libro de canónico? ¿Los hereges de nuestros tiempos tendrán acaso este espíritu y este instinto, para discernir los libros sagrados de los otros, mas bien que una reunion santa tenida en Cartago el año de 397? ¿Lo tendrán con preferencia al Santo Papa Inocencio I., á San Agustín, al Papa San Gelasio I., ó al concilio de Roma celebrado el año de 494? ¿Será posible sostener esta comparacion?

VI
Insuficiencia de la prueba tomada del pretendido testimonio interior del Espíritu Santo.

Mas para patentizar cuán insuficiente es el medio propuesto por nuestros contrarios para conocer las Escrituras Santas, y dis-

(1) *Joa. iv. 1.*
TOM. I.

cernirlas de los escritos comunes, esto es, para distinguir los libros genuinos de los apócrifos; supongamos que un Luterano quiera probar á un Sociniano la divinidad del Verbo; él no dejará de emplear algunos pasages de la Escritura que nos parecen terminantes para probar este dogma tan esencial. Supongamos aún que el Sociniano responde á su adversario que el pasage citado no es de un libro canónico, ó que ha sido intercalado en él, ó que el que lo cita no penetra su sentido; porque los Socinianos nunca dejan de recurrir á semejantes respuestas para eludir la fuerza de los argumentos con que se les combate: en vano dirá el discípulo de Lutero que él siente por el instinto del Espíritu de Dios que el libro de que se vale para probar el artículo en cuestion, es divino; que él ve una luz brillante que le manifiesta su canonicidad; y que entiende bien su sentido por el espíritu particular que le da el tino para esto; el Sociniano se contentará con responderle que nada siente de todo aquello, que no descubre el resplandor de esa luz, ni percibe alguna señal del espíritu particular que lo convence de que los testimonios de la Escritura que se le oponen sean verdaderamente canónicos, y deban entenderse del modo con que se interpretan para encontrar en ellos el artículo de que se trata: ¿quién podrá poner fin á la disputa y decidirla? ¿Se podrá persuadir á un hombre que él siente ese espíritu particular, ese instinto, ese tino, que realmente no percibe en sí mismo?

VII.

Dificultades en que se compli-
can nue-
tros contra-
rios á causa
del espíritu
particular.

Añadamos aun una reflexion para aclarar mas las dificultades en que se complican nuestros contrarios por su espíritu particular y su luz brillante. No pueden negar que es artículo de fe el creer que hay libros canónicos divinamente inspirados, útiles, como dice San Pablo, para instruir, para reprender, para corregir y para encaminar á la piedad. Esto supuesto, yo pregunto á nuestros hermanos disidentes: ¿cuándo creen que pueden hacer un acto de fe acerca de esta verdad? Si me dicen que no pueden hacerlo sino despues de haber leído todos los libros que pasan por canónicos, y despues de haber examinado por su instinto y espíritu particular, si no contienen nada que no sea digno del Espíritu Santo, yo diré que discurren consiguientes á sus principios; pero al mismo tiempo se verán precisados á confesarme que acaso en toda su vida, no se hallarán en estado de hacer este acto de fe; porque ¿cuánto tiempo se necesita para leer con atencion la Escritura Santa, y para examinar si antiguamente, esto es, al tiempo de la decantada reforma ella presentaba esta luz? Será menester leerla entera para descubrir si el todo está perfectamente conforme al instinto y gusto particular; y no bastará leerla, será necesario penetrar su sentido, porque no es la letra ó la corteza de la Escritura la que presenta esa luz ó hace sentir ese sabor; es el sentido, la doctrina, las máximas y la moral de la Escritura, lo que puede producir aquel efecto, despues que se ha penetrado bien el pensamiento; ¿y quién es capaz de hacerlo con perfeccion en todo el espacio de la vida mas larga?

Aun hay mas. Yo digo que será imposible á un Luterano y á un Calvinista hacer un acto de fe sobre cualquier artículo, an-

tes de haber leído toda la Escritura con el cuidado y atención necesario para penetrar su sentido; porque la única regla que uno y otro admiten para los dogmas de fe, es la Santa Escritura; de suerte, que ellos nada pueden creer de fe divina, sino lo que está contenido en estos libros. Para hacer, pues, un acto de fe, es indispensable que estén persuadidos y plenamente convencidos, en primer lugar de que las Escrituras que se les proponen son divinamente inspiradas; pero no pueden pronunciar este juicio sino después del examen de que hemos hablado. Es necesario en segundo lugar, que hayan encontrado en la Escritura todos los dogmas sobre los cuales deben hacer actos de fe; y esto ¿qué discusión no exige? Deben comparar todos los diversos lugares de la Escritura en donde se habla de un dogma; examinar si lo que parece asentado en uno no se halla destruido en otro; en una palabra, deben conocer el verdadero sentido de las Escrituras; y esto es lo que los mas hábiles no pueden lisongearse de haber logrado.

¿Qué diremos, pues, del vulgo ó de las gentes sin estudios, que sin contradicción forman el mayor número? Sin embargo, no hay para estos una regla diferente de la de los otros; no se admite sumisión á la autoridad para creer; la autoridad no es regla entre nuestros hermanos disidentes; es menester verlo todo, y sacarlo todo de la Escritura. Si quisieran tributar honor á la verdad, deberían confesar que entre ellos las gentes sin estudios no creen ni en cuanto á la inspiración de los libros santos, ni en cuanto á los otros dogmas, sino en virtud de la autoridad de sus ministros; y nosotros les proponemos una autoridad infinitamente mas respetable, la de la Iglesia Católica.

Peró véamos lo que se debe pensar de los que entre nuestros hermanos disidentes se dedican al estudio de la Escritura Santa, y que podrían tener mas capacidad para hacer el discernimiento de los libros santos, en caso que otro principio distinto de la autoridad de la Iglesia bastara para calificarlos. Si yo pregunto á uno de los mas hábiles ministros por qué rehusa admitir el libro de Tobías en el número de los canónicos, mientras que sin dificultad recibe el Cántico de los Cánticos; no dejará de responderme que él obra así en virtud de la diferencia que hay entre estos dos escritos. ¿Cuál, pues, es esta diferencia? Juzgando por ciertas consideraciones, parecería que el libro de Tobías debía tener la ventaja; pero no son estas las que le hacen impresion. La diferencia, me dirá, consiste en que el Cántico de los Cánticos estaba en el cánon de los Hebreos; pero el libro de Tobías nunca estuvo en él. ¿No es esto conceder mayor privilegio y mas autoridad á la Sinagoga que á la Iglesia? Si los Hebreos tuvieron un catálogo de los libros santos, ¿por qué no han de tenerlo los Cristianos? ¿Y por qué no han de respetarlo, sujetándose á él cuando se lo proponen los que gobiernan la Iglesia en nombre y por la autoridad de Jesucristo? Había entre los Judíos una tradición, que les enseñaba, que los cinco libros que componen el Pentateuco eran obra de Moisés; esta tradición era tan constantemente recibida, que los Samaritanos, aunque preocupados por un aborrecimiento mortal

*

contra los Judios, la retenian, y respetaban como sagrados y canónicos los cinco libros del Pentateuco. Por el conducto de una tradicion igualmente respetable, eran recibidos los veinte y dos libros que llamamos *Protocanónicos*. Y si se habla á nuestros hermanos disidentes de una tradicion, por lo ménos tan digna como aquella de respeto y veneracion entre los Cristianos acerca de los otros libros que han sido llamados *Deuterocanónicos*; rechazan todo lo que se les propone sobre el particular, aunque los apóstoles San Pablo (1) y San Juan (2) hayan recomendado en general á los fieles de su tiempo que se mantuvieran adictos á las tradiciones que habian aprendido por sus epístolas ó de viva voz. ¿De qué procede, pues, la poca estimacion que tienen á un conducto tan propio para comunicarnos la verdadera doctrina de la antigua Iglesia?

VIII.

Célebres teólogos anglicanos que reconocen la autoridad de la tradicion.

Creo que debe hacerse justicia á los mas moderados de nuestros hermanos disidentes, al ménos á los mas hábiles teólogos de la religion anglicana. Despues que hemos visto un tratado compuesto por el sabio Bullus, titulado: *Defensa de la fe de Nicea*, hemos concebido esperanzas de ver restablecida la autoridad de la tradicion, y restituida á su honor siquiera de algun modo entre los mas ilustrados de nuestros hermanos. El docto teólogo de quien hablamos, se vale con gran destreza de todos los testimonios de los Padres anteriores al concilio de Nicea, para mostrar que el santo concilio no hizo mas que seguir las huellas de los Doctores de la Iglesia, al decidir la consubstancialidad del Verbo Divino; é insiste sobre aquellos testimonios, haciendo advertir constantemente la estimacion que profesa á una tradicion tan acorde y seguida sin interrupcion.

Digamos lo mismo de otro sabio crítico de la misma comunión, al cual somos deudores de una bellissima edicion del Nuevo Testamento griego, con las variantes de muchos manuscritos que solicitó con gran diligencia, y confrontó con muchísima exactitud. Este es el célebre M. Mille, canónigo de Cantorberi, el cual emprendió y ejecutó esta obra con aplauso de todos los sabios. El colocó al frente de su edicion prolegómenos eruditos, en los cuales se hallan investigaciones muy curiosas sobre las diferentes ediciones del Nuevo Testamento griego y sus lecciones variantes. Se encuentran tambien disertaciones sobre la canonicidad de los libros del Nuevo Testamento; y hay una muy sabia sobre el v. 7. del Capítulo v. de la primera epístola de San Juan, cuya autenticidad prueba no solo por la autoridad de los antiguos manuscritos griegos y latinos, sino tambien por el testimonio de los Padres. Cita primero á Tertuliano, despues á San Cipriano que es mucho mas claro; no olvida oponer la autoridad de San Fulgencio á la de Facundo Hermianense; hace valer mucho, y con razon, la confesion de fe presentada en 434 al rey Hunerico por Eugenio, obispo de Cartago, en nombre de todos los obispos de Africa, en la cual el verso disputado se cita entero. En fin, este hábil crítico concluye en virtud de la tradicion, que el verso es verdaderamente de San Juan, y que

(1) 2. Thess. ii. 14.—(2) 2. Joan. v. xii. 3.—Joan. v. xii. 14.

debe ser reconocido como parte de su epístola, y por consiguiente de la Escritura Santa

Tratando de los libros canónicos del Nuevo Testamento, M. Mihe reconoce por tales todos los que nosotros admitimos en este número, y aun ciertas partes sobre las cuales se dudó en otro tiempo, como el sudor de sangre que refiere San Lucas, y la historia de la muger adúltera que leemos en el Evangelio de San Juan. Pero en fin, ¿cómo prueba la canonicidad de la epístola de Santiago, de la segunda de San Pedro, de la segunda y tercera de San Juan, del Apocalipsis y de la epístola á los Hebréos? ¿Sobre qué fundamento rechaza la pretendida carta de San Pablo á los de Laodicea? Yo no he advertido en ninguna parte que recurra al espíritu privado, al gusto é instinto capaz de hacer discernir los libros canónicos de los apócrifos; él no hace uso de la luz cuyo resplandor hiere, segun se dice, á los que leen los libros santos. Se limita únicamente á referir las sentencias de los padres, que copia largamente traducidas á su idioma al frente de cada libro ó epístola, despues de haberlas citado con la mayor exactitud en los prolegómenos. Hé aquí un método digno de un teólogo, al cual conviene adherirse á la tradicion en todo lo perteneciente á los dogmas de fe y á la doctrina de la Iglesia, segun la bella máxima de Vicente Lirinense: „Para evitar todos los rodeos del error, es muy necesario, dice este escritor célebre, tener por regla en la interpretacion de los escritos proféticos y apostólicos el sentir de la Iglesia Católica. Debiendo cuidar cuantos vivimos en el seno de esta Iglesia, de mantener lo que ha sido creído en todo lugar, en todo tiempo, y por todos los fieles; porque en esto consiste verdadera y propiamente la catolicidad, como lo declara la fuerza y energía de la palabra misma que significa lo que contiene todo universalmente. Y así perseveraremos en la fe católica, siguiendo la universalidad, la antigüedad y la unanimidad. Seguiremos la universalidad, si reconocemos únicamente por verdadera fe la que toda la Iglesia confiesa por toda la tierra. Seguiremos la antigüedad, si de ninguna manera nos apartamos del sentir que manifestamente defendieron los Santos Padres que nos han precedido. Seguiremos la unanimidad, manteniendo lo que ha sido enseñado y defendido en la antigüedad misma de comun acuerdo por los sacerdotes y maestros (1).

Parece que los dos célebres escritores ingleses de quienes acabamos de hablar, han seguido este prudente método; el primero tratando de la divinidad del Verbo; y el otro de la canonicidad de los libros del Nuevo Testamento. Si cuando se trata de otras materias disputadas, siguieran la misma regla, habria esperanza de ver bien pronto terminado el cisma, y reunidos á nuestros hermanos los protestantes con la Iglesia Romana, siempre respetada por los antiguos Padres y Santos Doctores de la Iglesia universal. Réstanos ya explicar algunos pasajes de la Escritura en que nuestros contrarios se fundan para apoyar su sentencia.

„Lutero nos opone las palabras de Nuestro Señor: „Las ovejas

IX.
Explicacion

(1) *In Comm. c. n.*

de algunas
palabras de
J. C. de que
Lutero abu-
sa.

„siguen á su pastor, porque conocen su voz, y no siguen al extraño, porque no conocen la voz de los extraños. . . Mis ovejas oyen mi voz y me siguen.” (1) De donde infiere que los verdaderos fieles, designados por las ovejas tienen un discernimiento suficiente para conocer las verdaderas Escrituras; y añade que para hacerlo no es necesario recurrir á la autoridad de la Iglesia, sino que basta cumplir lo que Jesucristo nos pide, pues este Divino Salvador dice: *El que quierá hacer la voluntad del que me ha enviado, podrá conocer mi Doctrina es de Dios* (2).

Conviene observar desde luego, que la máxima establecida por Nuestro Señor, no habla en particular del discernimiento necesario para conocer las Escrituras divinamente inspiradas. Pero si se trata aquí de conocer en general la Doctrina del Salvador, deberá extenderse esta regla á todos los dogmas de la Religión, y decir que los fieles no tienen más que escuchar la voz de Jesucristo que les habla interiormente, cumplir su voluntad, y ya estarán en disposición de juzgar sobre los dogmas que deben creerse y sobre los errores que merecen evitarse, siendo inútil toda instrucción, pues cada uno se halla suficientemente iluminado por su luz particular. Será ocioso pretender rectificar á los que se hayan extraviado, porque responderán que ellos han escuchado la voz de Jesucristo, que han practicado su voluntad, y por esto no son menos capaces de calificar sobre su creencia y su conducta que los que quieren sacarlos de los que llaman errores. ¡Qué confusion en la fe, qué diversidad en las opiniones, admitida una vez en su generalidad regla tan peligrosa!

Examinemos ahora en particular los textos, y preguntemos á los Luteranos, ¿qué entienden por *escuchar la voz de Jesucristo*? ¿Podemos hacerlo sin consultar las Escrituras en que este Divino Salvador la hace oír y manifiesta su voluntad? Antes de haberlas leído no se puede conocer esta voz; y ¿cómo conocerán en el primer instante, que el libro en que procuran conocer la voz de Jesucristo fue divinamente inspirado? Todavía no conocen esta voz, van á buscarla: todavía no han practicado lo que se les pide; trabajan por saberlo; luego en ese instante no tienen medio para discernir si el libro que consultan es ó no parte de la Escritura Santa. ¿Cuál es pues el sentido de los pasajes con que nos arguyen? Nuestro Señor supone que su voz se ha oído; pues para esto es necesario que alguno nos la comunique. Jesucristo hablaba á los que tenían la dicha de escucharlo y él confirmaba su Doctrina celestial por sus milagros: *Si yo no hubiera hecho entre ellos (decía) obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado.* (3) Los que eran de sus ovejas escuchaban su voz y podían fácilmente distinguirla de los extraños seductores. Al presente nos hace oír su voz por el ministerio de los pastores. *El que os oye, me oye, decía Jesucristo á sus setenta y dos discípulos; y el que os desprecia me desprecia* (4). Así escuchamos nosotros la voz del Divino Salvador: escuchando la voz y las decisiones de la Iglesia, y sujetándonos á todo lo que ha decidido cumplimos la voluntad de Jesucristo, pertenecemos al rebaño y al número de las ovejas que oyen la voz

(1) Joan x. 4, 5. 27.—(2) Joan vii. 17.—(3) Joan xv. 24.—(4) Luc. x. 16.

del Hijo de Dios: los pastores nos la hacen oír. Este es el canal por donde se nos comunican los libros sagrados y los dogmas de la Religión.

Esto supuesto, y fundada nuestra creencia sobre la revelación divina que la Iglesia nos intima, nada impide decir que en cuanto á las cosas particulares que deben hacerse y tocan á la salvación, los que son del número de las ovejas y tienen el espíritu de obediencia, conocen lo que conviene practicar para conseguir el reino de los cielos; porque á la manera que el paladar bien dispuesto hace distinguir los sabores de los manjares, el hombre fiel con un corazón recto y la intención de obtener de Dios los conocimientos necesarios para su salud, podrá discernir la doctrina sana y segura que conduce á la vida, del error que pudiera seducirlo. Tal es la comparación de Melchor Cano: pero siempre es verdad que en las cuestiones de dogma no pertenece á los particulares la decisión. La regla de la fe es la doctrina de la Iglesia, y no el espíritu propio particular. Así cuando algunos quisieron persuadir á los fieles de Antioquia que para salvarse era necesaria la circuncisión, no se consultó á algun fiel para desatar la dificultad, bajo pretexto de que él tuviese las luces que se requirían para resolver la cuestión, por un instinto comunicado por el Espíritu Santo; sino convinieron (1) en que era preciso enviar á Jerusalén á consultar á los apóstoles y á los ancianos, esto es los sacerdotes, y proponerles la dificultad. Ellos se reunieron para examinar y decidir este negocio; y después de haber consultado muchos puntos, quedó resuelto por los apóstoles y sacerdotes con toda la Iglesia que se escribiese á los fieles de Antioquia en estos términos: *Los apóstoles, los sacerdotes, y los hermanos, á nuestros hermanos que son de los gentiles y están en Antioquia.... salud.... Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros &c.* Como para manifestar que la decisión en realidad venia principalmente del Espíritu Santo; pero que debía notificarse á los fieles por conducto de los primeros pastores, y no por medio del espíritu privado.

Mas ¿por qué sujetarnos á los hombres en nuestra creencia, dicen los pretendidos reformadores? No dijo el apóstol San Juan á los fieles en su primera carta (2), que la unción que habían recibido del Hijo de Dios, permanecía en ellos, y que no tenían necesidad de que alguno les enseñara, porque esta misma unción les enseñaría todo, siendo ella la verdad, y exenta de toda mentira; y que así no tenían que hacer sino mantenerse en lo que ella les enseñaba? Esta unción interior que existe en cada fiel, parece ser lo mismo que el testimonio del Espíritu Santo que recibimos en nosotros mismos, y que nos da una entera persuasión y convencimiento de la verdad de las Escrituras, y de los dogmas de la Religión, sin necesidad de recurrir al testimonio de los hombres, de cualquier carácter que sean, y á cualquier dignidad que estén elevados.

Nosotros responderemos que la unción de que habla S. Juan, supone que un fiel que ha tenido la dicha de recibir la gracia de esta unción está ya instruido en todos los misterios cuyo conoci-

(1) Act. xv. 2. et seqq. — (2) 1. Joan. ii. 27.

imiento se necesita para la salvación: no se trata pues de los motivos por los cuales se determine á creer que los libros de la Escritura han sido divinamente inspirados. En efecto se ve que San Juan hablaba á los que estaban ya plenamente instruidos: *Yo no os he escrito, dice este apóstol, como á personas que ignorasen la verdad, sino como á los que la saben* (1). Mas los que han recibido la doctrina de la Iglesia, y la saben bastante para instruir á otros, estos sí pueden mirarse como dotados del espíritu de sabiduría y de inteligencia que han sacado de la Escritura y de la tradicion; y á estos la uncion interior les basta para desechar todo lo que es contrario á la fe y á la sana doctrina de la Iglesia; basta tambien á los que escuchan siempre sumisos la voz de esta madre comun de los fieles, para conocer lo que necesitan para conseguir la salud en su estado. Esta uncion que ellos han recibido con el don de la gracia, los ilumina en lo que deben creer y practicar. Esta uncion interior dió al gran S. Antonio la inteligencia de los Misterios y de los dogmas que le eran propuestos por la Iglesia como artículos de fe. En este sentido, *El hombre espiritual juzga de todo, y no es juzgado por nadie* (2); porque teniendo esta uncion del espíritu por la gracia, tiene al mismo tiempo el discernimiento necesario para conocer las cosas útiles á la salvacion, y para evitar todo lo que le seria contrario. La caridad luminosa inseparable de la uncion del espíritu, aparta el corazon de las cosas perecederas, fijándolo y aficionándolo á las celestiales; de suerte que el alma del hombre espiritual siempre dispuesta á recibir la luz del cielo por la atencion con que continuamente consulta á la ley divina y á la soberana sabiduría, se halla mas en estado de juzgar de las cosas que pueden contribuir á su salud y perfeccion, que los que fiándose en sus conocimientos adquiridos y en el estudio de las ciencias sutiles, pertenecen con todo eso al número de aquellos que el Apóstol llama *hombres animales y carnales que no pueden entender las cosas que enseña el Espíritu de Dios* (3). En Santa Teresa vemos un ejemplo de los efectos que la uncion espiritual puede producir en un corazon, y de la gran luz con que ilumina el alma que ha recibido la caridad, y los dones de la gracia santificante que inseparablemente la acompañan; en este sentido acostumbraba decir San Agustin que no se penetra la verdad, sino por medio de la caridad: *Non intratur in veritatem, nisi per charitatem*.

Pero ¿se puede concluir de ahí que la uncion del Espíritu, habiendo generalmente, sea un medio para conocer la doctrina de la Iglesia sin necesidad de otro que nos instruya? Esto seria segun S. Agustin (4) decir que es menester aguardar la bajada del Espíritu Santo para recibir el conocimiento de todas las verdades que enseñó á los apóstoles, descendiendo sobre ellos el dia de Pentecostés. Seria lisonjearse de que cada uno habia de ser elevado como S. Pablo al tercer cielo para recibir allí la revelacion de misterios de que al hombre no es lícito hablar. Si hemos de contar sobre esta

(1) 1. Joan. II. 21—(2) 1. Cor. II. 15.—(3) *Ibid.* 7. 14.—(4) *Proel. lib. de Doctr. christ.* n. 5.

uncion para instruirnos en las verdades de la Religion, sin necesidad de que otro nos instruya, ¿por qué nos dice el Apóstol (1) que Jesucristo distribuyó á los hombres diferentes dones, y estableció en su Iglesia diversos ministerios? Que unos son apóstoles, otros tienen el don de profecía para interpretar las Escrituras, otros son evangelistas porque están encargados de predicar el Evangelio; y ademas, hay todavía pastores y doctores; y ¿á qué estarán todos estos destinados, sino á conducir, á gobernar é instruir á los fieles? Mas si esta uncion les enseña todo lo que deben creer sin necesidad de pastores ni doctores que los guien é instruyan, ¿para qué cuidan los padres de hacer instruir á sus hijos? (advierte sabiamente Melchor Cano) (2). ¿Por qué los pueblos se apresuran á concurrir á las santas reuniones, segun la costumbre de los primeros cristianos, para aprender en ellas las verdades saludables, y oir la explicacion del Evangelio? Si, como lo pretenden nuestros contrarios, recibimos la inteligencia por la uncion del espíritu que tenemos dentro de nosotros mismos, es inútil leer los libros santos y atender á la explicacion de los pastores. „Evitemos, dice San Agustin (3), estas tentaciones llc-
„nas de soberbia; y consideremos que el mismo Apóstol San Pablo
„aunque instruido por Dios, fue enviado á un hombre (4) para
„aprender de él lo que convenia que hiciera, recibiendo los Sacra-
„mentos y haciéndose miembro de la Iglesia; consideremos tambien
„que Cornelio el centurion cuya oracion habia sido oida y cuyas li-
„mosnas habian sido bien recibidas ante el trono de Dios, como lo
„aseguró el Angel, fue enviado sin embargo á San Pedro (5), para
„ser instruido y aprender de él lo que debia creer, esperar y amar.”
San Agustin prueba lo mismo en el ejemplo del eunuco de la reina de Etiopia, al que Dios no envió un ángel para que lo instruyese, sino al Santo Diácono Felipe (6), quien le explicó la profecía de Isaias que leia y no entendia. A lo que el Santo Doctor añade (7), que á un hombre que cree haber recibido de Dios la inteligencia de la Escritura Santa, cuando es consultado sobre su sentido por algun otro, jamas le ocurrirá remitirlo á Dios, diciéndole que debe recibir del Espíritu Santo la inteligencia que busca, sin consultar á los hombres capaces de explicarle ese sentido, y que han sido establecidos con tal objeto en la Iglesia, como son los pastores y doctores á quienes propriamente conviene esta funcion y ministerio.

Es verdad que San Agustin, en otro lugar, reconoce que hablando propriamente, Dios solo es quien nos enseña ilustrándonos interiormente; pero esto no excluye el ministerio de los doctores, ni de los predicadores, que siempre es necesario, como lo supone el Santo Doctor, cuyo texto dice: (8) „El sonido de nuestras palabras hiere vuestros oidos; pero el verdadero Maestro está en lo interior. En cuanto
„á mí, yo os he hablado á todos; pero aquellos á quienes esta uncion
„no habla interiormente, se retiran y salen de la Iglesia siempre ignorantes. Las instrucciones que se dan y que hacen impresion en
„los oidos corporales pueden mirarse como socorros y advertencias;

(1) *Ephes. iv. 8 et seqq.*—(2) *De Loc. teol. l. ii c. 8.*—(3) *Præf. in. lib. de Doct. Chris. n. 6.*—(4) *Act. ix. 7.*—(5) *Act. x. 5. 6.*—(6) *Act. viii. 29 et seqq.*—(7) *Loco. citato n. 8.*—(8) *Trat. iv. in. epist. S. Joan.*

„pero el que enseña é instruye los corazones está en el cielo don
 „de tiene su trono, y la cátedra de su enseñanza. No creais que
 „un hombre enseñe verdaderamente á otro; nosotros podemos llamar
 „vuestra atencion por el ruido y eco de nuestra voz; pero si no sois
 „enseñados por el único que puede puede instruirnos interiormente,
 „todo el ruido que hacemos con nuestras palabras, queda inútil y sin
 „fruto.” *Si non est intus qui doceat, inanis est strepitus noster.* No
 puede darse idea mas justa de la uncion interior. Despues que un
 doctor ó un predicador ha hablado, para que la instruccion que ha
 herido los oidos sea útil, es menester que el maestro interior hable; él
 es verdaderamente el que enseña: *Interior ergo magister est, qui docet.*
Christus docet, inspiratio ipsius docet. Ubi illius inspiratio et vo-
catio illius non est, forinsecus inaniter perstreperunt verba. En este sen-
 tido, segun San Agustin, dijo Nuestro Señor á sus apóstoles en el
 Evangelio: *No querais que os llamen doctores y maestros, porque*
no teneis otro Maestro, sino Cristo (1). Instruidos por las palabras
 y doctrina de San Agustin en lo que debemos entender por la uncion
 de que habla San Juan, séanos permitido hacer una pregunta á nues-
 tros contrarios.

XI.
 Nuestros
 contrarios
 caen en el
 círculo vi-
 cioso que
 nos vitupe-
 ran.

¿Por qué dicen que no necesitamos de la autoridad de la Iglesia pa-
 ra conocer los verdaderos libros de la Escritura Santa? Nos dirán que
 porque el apóstol San Juan afirma que la uncion que han recibido les en-
 seña todas las cosas, sin necesidad de algun maestro. Si les preguntamos
 todavía ¿por qué están persuadidos de que estas palabras de San
 Juan hacen verdaderamente parte de la Escritura Santa? ¿qué pue-
 den responder? Dirán acaso que porque ellas están tomadas de un
 libro canónico. Mas ¿cómo han juzgado que la primera epístola de San
 Juan es canónica antes de haber aprendido en ella que la uncion bas-
 ta para hacernos distinguir los libros santos de los apócrifos? ¿Qué
 regla tenian para asegurarse de esto? Se verán obligados á decir que
 la Escritura Santa es verdaderamente canónica, porque la uncion
 de que habla San Juan lo asegura suficientemente, y que ellos están
 convencidos de que esta uncion interior es el verdadero medio de lle-
 gar á aquel conocimiento, porque la Escritura Santa la propone co-
 mo la regla que debemos seguir. Así la Escritura dará la prueba de
 la suficiencia de la uncion, y la uncion nos asegurará de que los libros
 de la Escritura son verdaderamente canónicos. ¿No es este el círcu-
 lo vicioso que nuestros contrarios nos reprenden, cuando nos objetan
 que establecemos la autoridad é infalibilidad de la Iglesia por el tes-
 timonio de la Escritura, y que por otra parte fundamos toda nues-
 tra creencia acerca de la canonicidad de los libros santos, sobre la
 autoridad de la Iglesia, de manera que el motivo que nos hace creer
 que tal libro es canónico mas bien que tal otro, es que la Iglesia nos
 propone al uno como Escritura divina, mientras el otro carece del
 apoyo de la misma autoridad? Tal es la dificultad que nos proponen,
 diciéndonos que este es un círculo vicioso que incurre en el defecto
 llamado por los lógicos *peticion de principio*. Antes de resolver esta
 dificultad, podriamos decir á los contrarios, que cuando hayan hecho

(1) *Matt. xxiii. 8. 10.*

ver que no hay círculo vicioso en su sistema, nosotros procuraremos mostrar que no lo hay en nuestro método. Si los que defienden que el espíritu privado y la persuasión interior son el único medio para discernir los libros santos de los que no lo son, responden bien á la dificultad que se les propone, acaso nosotros podremos valernos de sus respuestas para contestar á la objecion con que quieren impugnarnos.

Mas como sus principios difieren de los nuestros, nada tenemos que esperar de su parte. Por eso sin aguardar lo que puedan decir, responderemos que la Iglesia, mas antigua que las Escrituras de que es depositaria, no funda únicamente su autoridad en las mismas Escrituras: que independientemente de la infalibilidad que ellas le atribuyen, tiene cuando ménos toda la autoridad que puede tener una sociedad humana; tiene tambien toda la autoridad que le ha dado la santidad del Ser Supremo, el cual le hizo oír su voz aun ántes que las Escrituras existiesen, y que ha hecho resplandecer sobre ella y por ella su Omnipotencia ántes de confiarle sus oráculos. Así nosotros creemos á la Iglesia como á una sociedad que mereció nuestra fe ántes que hubiese alguno de los libros divinos cuya guarda se le confió; y de ella es de quien recibimos las Escrituras á las cuales damos crédito. Nada hay aquí de círculo vicioso.

Mas para acabar de responder el argumento sacado de lo que acostumbran llamar *círculo vicioso*, es oportuno extendernos un poco mas, y explicar los motivos que nos determinan á creer. Lo que vamos á decir es tomado de un libro titulado, *Analysis fidei christianae*, compuesto por Henrique Holden, célebre doctor ingles de la Facultad de Teología de Paris; impreso por primera vez en 1655 con aprobacion de los doctores, y reimpresso en 1685 con una nueva aprobacion de M. Cocquelin, canceller de la Iglesia de Paris. Daremos aquí el análisis de algunos capítulos del primer libro de esta obra que se ha hecho muy rara, y en la cual se trata con solidez la materia de que nos ocupamos.

En el capítulo vi del primer libro se propone examinar: si la fe divina y católica debe resolverse subiendo hasta el discurso que puede hacer cada particular. Para resolver esta cuestion, supone como cosa ántes probada que la Escritura sola no es medio suficiente respecto de todos los particulares para conocer las verdades reveladas. Prueba despues que el medio por el cual puede llegarse al conocimiento cierto de estas cosas debe ser proporcionado al alcance de los que deben creer, y que debe ser comun, á fin de servir de regla á todos los que son llamados á la fe; y dice que la Providencia Divina ha provisto á ello, haciendo que los hombres puedan tener una certeza de lo que Dios reveló porque se lo proponen aquellos que están destinados á conducirlos y gobernarlos, y á velar incesantemente sobre los demas, debiendo dar cuenta de sus almas. Estos son, añade, los pastores y conductores de la sociedad de los fieles y de la congregacion cristiana, que por su deber y su estado están obligados á tener una noticia exacta de la revelacion y de los medios por los cuales se puede lle-

XII.
Análisis de
algunos ca-
pítulos del
libro de M.
Holden, ti-
tulado *Aná-
lisis de la fe*.

gar con seguridad á su conocimiento. Observa que todos los discursos que un particular puede hacer y deducir de la Escritura misma, no son suficientes para descubrir la verdad de la revelacion; y que si fuera permitido á cada uno dar sus pensamientos por reglas, y por medios de conocer lo revelado y de distinguirlo de lo que no lo es, sin tener que recurrir á un juez con derecho de gobernarnos en este exámen, no habria ya regla comun y uniforme para reunir á todos los fieles en la unidad de una misma creencia.

En el capítulo vii se propone examinar si la fe divina debe resolverse subiendo hasta un instinto del Espíritu Santo, comunicado á cada individuo, para juzgar de la canonicidad de los libros sagrados y de otros puntos de la revelacion. Nuestro doctor confiesa que él jamas hubiera podido creer que un gran número de los que quieren llamarse cristianos hubiesen caído en tal extremo de locura y de extravagancia, si sus oídos y sus ojos no le hubiesen dado un testimonio cierto de que hay efectivamente gentes que se apoyan sobre este instinto ó inspiracion particular, cuyo fanatismo y ridiculez demuestra. Advierte muy á propósito que este sistema no es inventado por nuestros contrarios, pues desde el principio de la Iglesia fueron condenados algunos por haber adoptado las mismas ideas. San Ireneo impugna con indignacion las pretensiones de un nombrado Marcos que afirmaba haber recibido su doctrina, ó por mejor decir, sus errores, por una revelacion que él preferia á los escritos y á las tradiciones de los apóstoles. Tertuliano dice lo mismo de Apeles, y casi todos los antiguos han atribuido igual pretension al heresiarca Cerinto. Despues aparecieron los Mesalienses llamados Euquitas por los griegos, á causa de que no tenian otro ejercicio que la oracion, y fueron condenados por la Iglesia, no precisamente porque decian que en la oracion recibian muchas santas inspiraciones, sino porque pretendian recibir en ella todas las luces necesarias para conocer todos los medios por los cuales se puede llegar á la salvacion. San Epifanio y San Agustin hacen mencion de estos hereges que pueden considerarse como los predecesores de los protestantes, en lo que toca al espíritu privado. M. Holden termina este capítulo haciendo ver lo ridículo de su pretension. Al oirlos, dice, ¿no se creeria que se ocupan en el continuo ejercicio de sublimes contemplaciones? ¿No se pensaria que estos espíritus elevados separándose del comun del pueblo, llevan una vida toda celestial en una gran paz y tranquilidad de espíritu? Se sabe sin embargo que ellos conceden este favor del instinto y de la inspiracion á los que forman la hez del pueblo, á los que viven en el ruidoso tumulto de los negocios y en medio de las intrigas, á aquellos mismos que habitan entre el estrépito y la agitation de las armas.

Se infiere pues, necesariamente que para fijar nuestras dudas y reunirnos en una misma creencia, es menester recurrir á la autoridad; y hé aquí la idea que nos da de la que debemos reconocer (1). Es principio admitido en todo tiempo por la Iglesia, que

(1) *L. 1. c. 8. lect. 3.*

no se puede sostener ni proponer por verdad católica y revelada, sino lo que han recibido como tal nuestros padres y los Santos Doctores que nos precedieron, y lo que nos dejaron como doctrina venida de los apóstoles, y comunicada hasta nosotros por una sucesion no interrumpida. La Iglesia siempre adoptó este principio y no ha seguido otra regla ni puesto en práctica otro medio, para declarar los misterios que ha recibido como revelados. Siempre ha ocurrido á la doctrina de los apóstoles, que es la de Jesucristo, y de ellos ha tomado el depósito que ha hecho pasar de siglo en siglo. Para convencernos de esta verdad, no necesitamos contemplar á la Iglesia como adornada con el privilegio de la infalibilidad: nos basta considerarla como una sociedad antiquísima, fundada por los milagros, cimentada por la sangre de los mártires y brillante por la santidad de las máximas que enseña. Esta es la ciudad colocada sobre la montaña, y visible á todos los que quieren entrar en ella; de manera que todos pueden exhortarse mutuamente á hacerlo, diciéndose los unos á los otros: *Venid, subamos al monte del Señor, á la casa del Dios de Jacob* (1). Los que están en ella para gobernarla, siempre se han conformado á las mismas reglas, y siempre han profesado los mismos principios de creencia. No puede descubrirse alguna interrupcion. Vemos una sucesion continua de doctores y pastores establecidos para enseñar constantemente la misma doctrina, encargados de alejar las máximas que la contraríen, y de proscribirlas si quisieran introducirse; esta ha sido la práctica uniforme desde el establecimiento de esta sociedad. Ella tiene libros que respeta como que contienen la revelacion de las verdades que Dios por su misericordia y la sabiduría de su Providencia, ha querido dar á conocer á los que llama para la eterna felicidad. En estos escritos, cuya inteligencia y verdadero sentido nos da la Iglesia, hallamos los medios de hacernos capaces de las promesas dignas de la liberalidad y de la magnificencia de un Dios infinitamente grande y poderoso. A esta sociedad se han acogido todas las naciones que han deseado vivir segun las máximas de la mas sólida piedad, para huir de los errores de una vida desordenada, y para apartarse de los crímenes que deshonran á la naturaleza humana, como lo habia anunciado Isaías. *El monte sobre que estará fabricada la casa del Señor, se levantará sobre los collados, y todas las gentes correrán á ella* (2). Júntese una tradicion bien seguida de la misma doctrina con esta idea de la Iglesia, en la cual no atiendo todavia al privilegio de infalibilidad concedido por Jesucristo, y estas dos consideraciones harán sobre el entendimiento una impresion suficiente para determinarlo á creer que los libros admitidos en esta sociedad, deben mirarse como santos y canónicos. Todo entendimiento justo se siente penetrado y estrechado por motivos tan poderosos; y con el socorro de la gracia, siempre necesario para hacer un acto sobrenatural de fe divina, resultará en fin un asenso perfecto á todas las verdades reveladas, y una persuasion completa de que lo han sido las que la Iglesia nos propone como tales.

(1) *Isai. II. 3.*—(2) *Isai. II. 2.*

XIII.
Conclusion
que M. Hol-
den infiere
de los prin-
cipios que
ha propues-
to.

Hé aquí la conclusion que M. Holden deduce de todos estos principios que podemos mirar como motivos de credibilidad. Es bastante claro, dice él (1), que este análisis de la fe cristiana no conduce al laberinto de un círculo vicioso en que se han enredado algunos teólogos queriendo establecer el análisis de la fe sobre otro principio; cuando preguntados porqué creen que la Escritura es la palabra que Dios nos ha revelado, dicen que están convencidos de esto por las decisiones de la Iglesia: y si se les pregunta luego porqué están convencidos de que la decision unánime de la Iglesia es infalible y exenta de todo error, responden que lo saben por la palabra de Dios que así nos lo ha revelado. De manera que no queriendo reconocer por fundamento de la fe una certeza evidente establecida sobre las luces naturales, vienen á caer inevitablemente en el círculo vicioso; y pareceria, atendiendo á sus discursos, que nuestra fe no puede tener su origen en la primera y principal razon que es la fuente de todo lo razonable; pues quieren que agentes dotados de razon y de juicio, busquen mayor seguridad en lo que creen que la que la razon misma les prescribe. Dificultan conceder (añade el mismo autor) que las pruebas evidéntísimas por las cuales demostramos la serie y la tradicion de las verdades de fe que nos han sido transmitidas, sean capaces de llevarnos á una certeza que no deje la menor duda, y esté exenta de todo error. Por eso piensan que á mas de todos estos motivos, todavía se necesita para acallar las dudas de un espíritu vacilante, recurrir á un instinto y á una inspiracion particular que dé á nuestro asenso total certeza fundada en la infalibilidad de Dios mismo. En cuanto á mí (continúa) no creo que la certidumbre de la fe divina y de la Religion cristiana pueda estar establecida y apoyada solamente en semejantes opiniones. Confieso que para asentir á las verdades de la fe cristiana necesitamos de la gracia del Espíritu Santo, lo mismo que para hacer actos de esperanza, de caridad, ó de cualquiera otra virtud sobrenatural. Pero desfiendo al mismo tiempo que la certidumbre de nuestro asenso no se prueba por esos movimientos é inspiraciones invisibles y desconocidas á los otros; y pretendo que la infalibilidad en que consiste nuestra certeza con respecto á la fe y á la Religion cristiana, se funda en la tradicion universal y nunca interrumpida, que es un motivo de credibilidad y un medio de certidumbre al alcance de todo entendimiento justo, y propio para convencerlo: porque la materia y objeto de esta tradicion está patente á la vista y juicio de todos los que quieran atender á ella, sin mas requisito que tener ojos y oidos. Solo cegándose se puede no percibir la creencia de los cristianos y los ejercicios de su Religion. El objeto del culto, y lo que lo compone, está manifesto, por decirlo así, á la vista de todo el mundo. Se ven siete sacramentos administrados en el nombre de la Santísima Trinidad; se ve ofrecer el adorable sacrificio; se ve hacer oracion por los vivos y por los muertos; invocar á los Santos que están en la gloria é implorar su intercesion para con

(1) C. ix. lect. 2.

Dios. Ninguno puede dudar que estos artículos son el objeto y la materia del culto, y que pertenecen á la Religión. Todas las verdades que se enseñan suben hasta la mas antigua tradicion, y por ella se nos comunican. Este es el motivo que nos obliga á asentir, llegando por fin hasta la revelacion que nos hace creer todas las verdades de la Religión, porque Dios no puede engañarse ni engañarnos cuando nos habla. Tal es en sustancia el sistema de M. Holden sobre el análisis de la fe. Juntando estas dos cosas, la tradicion conservada en la Iglesia, y la autoridad de esta sociedad fundada en los motivos de credibilidad, no se incurrirá en lo que se llama círculo vicioso ó petición de principio.

Este método nos parece tanto mas sólido, cuanto lo creemos conforme al que San Agustin nos ha propuesto, escribiendo contra los Maniqueos que pedian demostraciones, y las prometian á los que se manifestasen dispuestos á abrazar sus errores. De este modo sedujeron al santo Doctor; pero no pudieron cumplirle las promesas que le habian hecho. El santo persuadido por el contrario, despues que se restituyó al seno de la Iglesia, y siendo ya presbítero, de que el hombre necesita una autoridad para ser conducido á la verdad, en una excelente obra que tiene por título *De la utilidad de creer*, dice: (1) „El hombre no puede abrazar la verdadera Religión sin el socorro de una autoridad grave á la cual sea justo „y racional someterse; y es menester al principio creer cosas que „no se concebirán sino despues de haberse hecho digno de entenderlas por una prudente conducta.” Mas ¿cómo conoceremos á qué „autoridad es justo y racional someternos? La sabiduría de Dios „ha provisto á esto, responde San Agustin, (2) por los oráculos de „los profetas, por la humanidad y doctrina de Jesucristo, por los „viajes de los apóstoles, por los tormentos de los mártires, por los „suplicios á que han sido condenados, por la sangre que derramaron, por la muerte que sufrieron, por la vida edificante y ejemplar de los santos, y por los milagros que se han hecho en los lugares, en los tiempos y circunstancias convenientes. Habiéndonos, „pues, dado Dios un auxilio tan poderoso, y presentándonos un progreso tan singular y admirable, ¿podemos tener la menor dificultad en arrojarnos con confianza y mantenernos en el seno de una „Iglesia cuya autoridad se ha establecido hasta darse á conocer á „todo el género humano desde la silla apostólica, siguiendo la sucesion de obispos á pesar de los inútiles esfuerzos de los hereges „que han sido condenados por la creencia misma de los pueblos, „por el peso de las decisiones de los concilios, y por el resplandor y magestad de los milagros? Convengamos en que el no „querer reconocer esta autoridad como la mas respetable, y rehusar sujetarse á ella, es sin duda el colmo de la impiedad, ó el „efecto de una arrogancia que nos precipita al abismo” *Cui nolle primas dare, vel summæ profecto impietatis est, vel præcipitis arrogantia.* A lo que el Santo Doctor añade, que si no hay medio seguro para hacer llegar al hombre á la sabiduría saludable, sino cuando la

XIV.
Conformidad del método de Mr. Holden, con el de San Agustin.

(1) C. II. n. 21.—(2) *Ibid.* c. XVII. n. 35.

fe y la sumision lo preparan al uso legítimo de su entendimiento, nada es mas ingrato ni mas irracional que pretender resistir al auxilio que Dios nos ofrece, y á una autoridad (la de la Iglesia) de tanto poder y fuerza.

Siguiendo con órden esta doctrina de San Agustin, se verá claramente que cuando se trata de analizar nuestra fe ó la doctrina cristiana, se llega, en fin, á la autoridad de la Iglesia, no considerándola todavía como dotada con el privilegio de la infalibilidad, sino vista como una sociedad que se sostiene por la sucesion de sus obispos contra los esfuerzos de los hereges siempre reprimidos por la fe de los pueblos, por las decisiones de los concilios, y por el resplandor y magestad de los milagros: sociedad fundada para guardar el depósito de la verdad y de la revelacion, regada con la sangre de los mártires, y adornada con las virtudes de los santos: sociedad que en tiempo de la Sinagoga subsistia en los justos que vivian entre los Judios: sociedad cuyo origen sube hasta el nacimiento del mundo, á la cual pertenecen los patriarcas y todos los santos anteriores á la existencia del pueblo Judaico, sociedad cuya autoridad es mas antigua que las Escrituras cuyo depósito se le confió.

De todos estos privilegios se saca la mayor parte de los motivos de credibilidad, á los cuales es menester llegar haciendo el análisis de la fe, y en cuya virtud nuestra fe no se prueba con un círculo vicioso.

XV.
Nuestros
adversarios
alegan una
profecía de
Jeremías ci-
tada por San
Pablo.

Pero ántes de finalizar esta disertacion, explicaremos algunos pasages de la Escritura que alegan los defensores del gusto ó sentido interior, que es el espíritu privado ó la inspiracion concedida, segun ellos, á cada uno de los fieles. El que les parece mas expreso entre todos los testimonios de la Escritura sobre esta materia, se lee en el Capítulo xxxi. V. 31. y sig. del profeta Jeremías, cuyas palabras son como sigue: „Tiempo vendrá en que haré una „nueva alianza con la casa de Israel, y con la casa de Judá: no „segun el pacto que hice con sus padres el dia en que los tomé de la „mano para sacarlos de la tierra de Egipto, pacto que invalidaron „y yo dominé sobre ellos, dice el Señor. Mas este será el pacto „que haré con la casa de Israel despues de aquellos dias, dice el „Señor: yo imprimiré mi ley en sus entrañas, y la escribiré en sus „corazones; y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo: y cada uno „de ellos no necesitará enseñar á su prójimo ni á su hermano, di- „ciendo: Conoce al Señor, porque todos me conocerán, desde el „mas pequeño hasta el mayor, dice el Señor, porque yo les per- „donaré su maldad, y no me acordaré mas de sus pecados.” San Pablo no nos permite dudar que toda esta profecía debe entenderse de la gracia de la nueva alianza: (1) valiéndose de las palabras del Profeta, para probar á los Hebréos que era necesario, segun la promesa de Dios, que el Señor contrajese una nueva alianza con los hombres; y que pues él contrae una alianza llamada nueva, la otra debia reputarse antigua y vieja, y como tal, próxima á su fin. La aplicacion de San Pablo es justa; y nos debe apartar del parecer de aquellos que aplican esta profecía á la alianza hecha por Dios con los Judios en tiempo de Esdras y de Neemias despues

(1) *Hebr. viii. 8. et seqq.*

de la vuelta del cautiverio. ¿Cómo no se ve que lo que dijo Jeremías, no puede convenir á esta alianza que no fue nueva, pues no era sino la renovacion de la antigua; cuando aquella de que habla Jeremías es totalmente nueva y no escrita sobre tablas de piedra, sino grabada en los corazones; lo que solo conviene á la nueva alianza que Jesucristo hizo con los hombres, derramando su gracia en el corazon?

Nosotros concebimos fácilmente que la gracia del Nuevo Testamento contenida en la nueva alianza que Jesucristo hizo con nosotros, es una ley grabada en nuestros corazones, porque vemos en la Escritura que por esta nueva alianza, Dios habia de quitarnos el corazon de piedra, dándonos un corazon de carne para recibir con docilidad los preceptos de nuestro Divino Salvador. Esta era la promesa hecha por el profeta Ezequiel. (1) Por este medio Dios ha ejecutado lo que también habia predicho por el mismo profeta: *Yo haré que vosotros camineis en mis mandamientos.* (2) Hé aquí el efecto de la gracia de la nueva alianza que nos conduce mucho mas perfectamente al cumplimiento de las cosas que Dios exige de nosotros. Por esta prerogativa de la ley nueva, el Señor se constituye particularmente nuestro Dios, y nosotros llegamos á ser su pueblo escogido por predileccion. Todas estas verdades se encuentran frecuentemente en la Escritura, y ellas se ven repetidas en diversos lugares de las epístolas de San Pablo. Mas ¿cómo se ha de entender lo que sigue en el profeta y en el apóstol? „Cada uno de ellos no necesitará enseñar á su prójimo y á su hermano, diciendo: conoce al Señor, porque todos me conocerán, desde el mas pequeño hasta el mayor.” Si no tienen necesidad de ser instruidos, y si no es preciso que se les enseñe, luego ellos serán instruidos por el instinto y la inspiracion interior, por las cuales no tendrán necesidad de maestros ni de doctores que les enseñen exteriormente. Este favor no se rehusa á ninguno: *Ellos me conocerán todos, dice el Señor, desde el mas pequeño hasta el mayor.* ¿No es esto bastante para autorizar el espíritu de discernimiento que los pretendidos Reformados atribuyen á cada particular para conocer cuales son las verdades de la Religion y los artículos de la fe cristiana, sin que haya necesidad de recurrir á la autoridad de la Iglesia para aprender de ella lo que se debe creer?

Antes de manifestar cuan poca justicia hay en esta ilacion, séanos permitido preguntar á nuestros hermanos disidentes si ellos obran conforme á la máxima que quieren establecer en la interpretacion de los textos citados del profeta y del apóstol. ¿Es, pues, verdad que entre ellos no hay nadie que enseñe, y que ninguno de sus ministros sube jamas al púlpito para dar instrucciones á su prójimo? ¿Observan ellos á la letra lo que indica el profeta: *Non docebit ultra vir proximum suum?* ¿Han renunciado ellos á una de las funciones de pastores, que consiste en hacer conocer á Dios, y en dar una idea de sus divinas perfecciones? *Dicens, cognosce Dominum.* ¿Pueden lisonjearse de que sin estas instrucciones todos los

XVI.

Ellos mismos no obran conforme á la máxima que quieren establecer en la inteligencia de esta profecía.

(1) C. II. 19.—(2) *Ibid.* XXXV. 27.

que componen su secta conocen al Señor, desde el mas pequeño hasta el mas grande? Porque, en fin, ni el profeta Jeremías, ni el apóstol San Pablo, han dicho que no seria necesario que la Iglesia decidiese las materias disputadas, haciendo conocer los artículos pertenecientes á la revelacion. Las palabras del texto sagrado se refieren á cada uno de los particulares: *Cada uno de ellos*, dice el profeta, *no necesitará enseñar á su prójimo*. Si se quieren entender estos términos en todo rigor, ya no será necesario interpretar la Escritura. Y ¿por qué entónces San Pablo prefiere el don de instruir, á los otros dones, aun al de lenguas? ¿Por qué dice (1) que él querria mejor pronunciar en la Iglesia solas cinco palabras cuya inteligencia tuviera, para instruir con ellas á los otros, que proferir diez mil en una lengua desconocida? ¿No añade este grande apóstol inmediatamente que el don de lenguas es una señal, no para los fieles, sino para los infieles; y que el don de profecía, es decir, el don de interpretar la Escritura, no es principalmente para los infieles sino para los fieles? (2) Finalmente, él desea que entre los Corintios los que tienen el don de profetizar, esto es, de explicar el sentido de las Escrituras, lo hagan el uno despues del otro, á fin de que todos aprendan y todos sean consolados. (3)

El mismo apóstol ha tenido cuidado de distinguir los diferentes ministerios repartidos para la utilidad de la Iglesia, (4) y no olvida el ministerio de la predicacion: porque habla de los evangelistas, de los doctores y pastores, cuya principal funcion es la de instruir y enseñar; y este fue el ministerio que él desempeñó hasta el fin de su vida con tanto celo y constancia. Este es el que él recomendó á Tito su discípulo, (5) diciéndole que un obispo debia estar firmemente adherido á las verdades de la fe tales como se las habian enseñado, para ser capaz de exhortar segun la sana doctrina, y de vencer á los que contradicen á ella. Las mismas instrucciones da á Timoteo, (6) recomendándole que guardase fielmente lo que habia aprendido de él, y que lo comunicase como en depósito á otros hombres fieles que fueran ellos mismos capaces de explicarlo á los otros. Y para manifestar cuales deben ser las ocupaciones de un digno ministro del Evangelio, hé aquí en dos palabras lo que prescribe: *Aplicaos á la leccion, á la exhortacion y á la instruccion*. (7) Seria, pues, destruir todo el orden y toda la economía del ministerio evangélico pretender que, segun las expresiones del profeta Jeremías y del apóstol San Pablo, no se necesita de nadie que enseñe á su prójimo y á su hermano, y que los fieles no tienen precision de escuchar exhortaciones ni instrucciones. Los mismos ministros protestantes siguen la práctica contraria; suben al púlpito para predicar, y hacen sermones. Deberian, pues, juntarse á nosotros para contribuir por su parte á aclarar el texto de Jeremías.

Pero suponiendo como averiguado que el profeta ha indicado por sus expresiones los privilegios y la excelencia de la nueva alian-

XVII.
Sentido que
se puede dar

(1) *Cor. xiv. 19.*—(2) *Ibid. v. 22.*—(3) *Ibid. v. 31.*—(4) *Ephes. iv. 11. 12.*—(5) *Tit. i. 9.*—(6) *2. Tim. ii. 2.*—(7) *1. Tim. iv. 13.*

za, sin autorizar el abuso que los fanáticos han hecho de este pasage, se puede entender así: *Yo imprimiré mi ley en sus entrañas, dice el Señor, y la escribiré en sus corazones*. La ley de que aquí habla el Señor, es la ley del amor y de la caridad que el Espíritu Santo derramó en el corazón de los discípulos reunidos, y que graba todos los días en las almas castas, y fieles á la voz interior de la gracia; él derrama en ellas al mismo tiempo la gracia santificante y los dones de las virtudes sobrenaturales. Se puede decir en un sentido muy verdadero, que Dios difunde en todos los fieles, bajo la nueva alianza, un espíritu de luz y de conocimiento que los instruye de las cosas necesarias para lograr la salvación, dándoles al mismo tiempo la fuerza de ejecutarlas, y este es el efecto de la gracia santificante acompañada de una caridad toda luminosa. En este sentido dijo Nuestro Señor en el Evangelio, que según la expresión de los profetas, *ellos serian todos enseñados por Dios*; y el Divino Salvador muestra el efecto de esta celestial enseñanza cuando dice: *Cualquiera que ha oído la voz de mi Padre, y ha sido enseñado por él, viene á mí* (1). Los que habiendo recibido de los pastores las instrucciones necesarias se han aprovechado de ellas, y han logrado la dicha de tener al Espíritu Santo residiendo verdaderamente en ellos por el don de su gracia, conocen por lo comun sus obligaciones y lo que exige de ellos este Espíritu Santo que ha derramado la caridad en sus corazones, mejor que los sabios que se desvanecen ordinariamente con la vanidad de sus pensamientos. Las almas fieles, atentas á los movimientos de la gracia y del espíritu que las guía, encuentran con mayor facilidad los caminos de la salud, que los que se han afanado mucho por adquirir la ciencia. Justificadas por la fe (2), esto es, por la gracia del Evangelio, ellas tienen la paz con Dios por Jesucristo nuestro Señor; viven en la esperanza de los bienes futuros, y esta esperanza no las engaña, porque el amor de Dios ha sido derramado en sus corazones por el Espíritu Santo que les ha sido dado. Esta es la unción de que habla San Juan, (3) la cual hace que los que han logrado la felicidad de recibirla, no tengan ya necesidad de que alguno les ensene: estas almas fieles están siempre unidas á Dios para obtener las luces suficientes para dirigir su conducta particular; mas no esperan recibir de su divina bondad inspiraciones ó revelaciones para conocer los grandes misterios y los dogmas cuyo conocimiento es necesario á toda la Iglesia; ellas saben que Dios ha establecido otro medio, dando á su Iglesia la autoridad y la infalibilidad para decidir en esta clase de materias.

Considérense pues, bien los textos del profeta Jeremías y del apóstol San Pablo, y se verá que solo establecen la diferencia que debe reconocerse entre la alianza antigua y la nueva. La primera estaba escrita sobre la piedra; la segunda está grabada en los corazones. La antigua fue dada á una nación cuya cabeza era dura y el corazón incircunciso; (4) la nueva se dió á un pueblo que

á esta profecía sin autorizar el abuso que de ella hacen.

(1) *Joen. vi. 45.—Isai. liv. 13.—(2) Rom. v. 1. 5.—(3) 1. Joen. ii. 27.—(4) Act. vii. 51.*

Dios hace dócil por su gracia, dotándolo segun su promesa (1), con un corazon de carne, es decir con el divino amor que lo hace dócil á sus leyes, despues de haberle quitado el corazon de piedra, es decir, la indocilidad que lo inclinaba á revelarse contra sus órdenes. Las instrucciones dadas al pueblo Judio herian sus oidos, y la ley antigua fue publicada entre el estruendo del trueno y el resplandor del rayo; la doctrina de Jesucristo se comunicó á los espíritus, y pasa hasta el corazon por la eficacia y la fuerza de la gracia, que por la dulzura del amor santo hace que el yugo de Jesucristo sea suave y su peso ligero. La inteligencia de los misterios estaba poco extendida entre los Judios; y se limitaba á un corto número de verdades que no eran bien conocidas sino por los profetas, por los sacerdotes y por algunos otros escogidos como los patriarcas. Mas bajo la ley nueva nosotros hemos recibido el conocimiento de los mas elevados misterios. Todos los fieles saben el adorable misterio de la Santísima Trinidad; todos saben que la segunda Persona encarnó por nosotros, y este misterio del amor del Hijo de Dios que contiene tantas sublimes verdades, es con el que una alma fiel se nutre y se edifica. Los fieles bajo la ley del Evangelio, conocen al Espíritu Santo que comunica dones inefables á su corazon: admiran los tesoros infinitos de la bondad de Dios en la redencion del género humano, por la remision de nuestros pecados, segun las riquezas de su gracia que derramó sobre nosotros con abundancia, llenándonos de inteligencia y de sabiduría. Por este don precioso, fundados y arraigados en la caridad, comprenden con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la alteza y profundidad del gran misterio del Hombre Dios, revestido de nuestras enfermedades, y clavado en la Cruz para librar-nos de ellas. ¡Cuán sublime es esta ciencia, y cuán superior á todos los conocimientos que podian tener la mayor parte de los Judios! ¡Esta persuasion nos mantiene, por el don de la fe en Jesucristo, que Dios imprime en nuestros espíritus, inviolablemente fijos en todas estas verdades tan dulces y consoladoras! Cuando hemos llegado á ese estado, es verdadero en algun sentido, que ya no tenemos necesidad de maestro que nos enseñe exteriormente como decia San Pablo á los Tesalonicenses: „En cuanto á lo que pertenece á la caridad fraterna, vosotros no teneis necesidad de que „yo os escriba, pues que Dios mismo os ha enseñado á amaros „mutuamente. Mas yo os exhorto, hermanos mios, á adelantaros „mas y mas en este amor. (2)” Cuando Dios habla así al fondo del corazon para enseñarnos las virtudes haciéndonoslas practicar, ya no es necesario que los hombres nos enseñen.

Algunos teólogos siguiendo á Teodoreto y á Santo Tomás restringen esta gracia de la nueva Alianza (de que habla el Apóstol citando á Jeremías), á los predestinados que están ya en la gloria, ó que en adelante estarán en ella por sus buenas obras. Así, segun esta sentencia aquellos textos deben entenderse de la Iglesia triunfante, y no de la Iglesia militante; es decir, que esta pro-

(1) *Eséch. xi. 19.*—(2) *1. Thess. ii. 9. 10.*

mesa no tendrá su perfecto cumplimiento sino en el cielo. Teodoro dice (1) que lo que indican el Profeta y el Apóstol, no se encontrará en la vida presente, sino que solo se cumplirá en la futura. S. Agustin trata esta cuestion de un modo bastante problemático en el Capítulo xxiv *Del Espíritu y de la letra*; mas en el que sigue, prueba muy positivamente que el pasaje de Jeremías repetido por S. Pablo, debe entenderse de la diferencia entre las dos alianzas; diferencia que principalmente consiste en que Dios, en la nueva imprime sus leyes en el espíritu de los que pertenecen á ella, y las graba en sus corazones; y esto es lo que tambien dió á entender el Apóstol en otro lugar cuando dijo á los Corintios: „Vosotros sois nuestra carta de recomendacion.... Siendo manifesto que vosotros sois la carta de Jesucristo, hecha por nuestro ministerio, y escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no sobre tablas de piedra, sino sobre tablas de carne que son vuestros corazones (2). Ve! aquí pues, (añade S. Agustin) la diferencia evidente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: en el primero la ley estaba escrita sobre tablas; en el segundo está grabada en los corazones; de suerte que lo que en aquella causaba terror exteriormente, se hace dulce y agrada al corazon en esta. En la antigua alianza el que recibe la ley se hace prevaricador por la letra que mata en la nueva, el que recibe la ley se hace amante por el espíritu que vivifica: de donde debe concluirse que Dios nos ayuda para que podamos practicar la justicia, y que él mismo obra en nosotros el querer y el obrar segun su beneplácito, no solamente haciendo resonar en nuestros oidos exteriormente los preceptos de la justicia, sino dando interiormente el incremento á la divina semilla por la caridad que él difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado.”

Santo Tomás dice, que el pueblo de Dios será verdaderamente tal cual lo describe el Profeta, y experimentará todo lo que encierra esta promesa, cuando se halle entera y perfectamente sujeta á todas las voluntades de Dios, é inviolablemente unido al Señor por un amor perfecto. Entónces, añade este Santo Doctor, ninguno enseñará á su prójimo ni á su hermano para excitarlo al conocimiento de Dios, porque todos, desde el que tiene el menor grado de santidad, hasta el que ha llegado al mas eminente, gozarán de la vision beatífica, y verán á Dios como es.

Pero sin tener necesidad de recurrir á esta solucion para explicar los textos de Jeremías y de S. Pablo, puede bastar la comparacion de las dos alianzas como las compara S. Agustin, y el establecimiento de la diferencia entre ellas como lo señala el mismo, en que en la una la ley está escrita sobre la piedra, y en la otra grabada en los corazones. Esto no significa que bajo la antigua alianza no hubiera verdaderos justos que llevaran como nosotros la ley grabada en su corazon; pero estos pertenecian á la alianza nueva, y la gracia de Jesucristo era la que desde entónces hacia aquella impresion en sus corazones. De este modo la diferencia entre

(1) *In hunc. locum.*—(2) 2. Cor. iii. 2. 3.

las dos alianzas muy bien observada por S. Agustin, subsiste siempre. En la primera, la ley de terror enseñaba fuera: en la segunda, la ley de amor enseña dentro, pero sin hacernos independientes de la enseñanza de la Iglesia. Ni tenemos fundamento para creer que esta ley de amor obra en nuestros corazones, sino en cuanto nos hace dóciles á la voz de Jesucristo y á la de su Iglesia. Porque toda enseñanza interior que se advierta ser contraria á la enseñanza exterior de la Iglesia, quedará desde luego convencida de no ser la instruccion del Espíritu de Dios, sino la instigacion del espíritu del error.

XVIII.
Conclusion.

En vano pues, nuestros contrarios pretenden que se debe juzgar de la canonicidad de los libros santos por un carácter de evidencia que ellos creen descubrir en los que reciben como canónicos, ó por un testimonio que el Espíritu Santo hace sentir en los corazones; estas pretendidas reglas son ilusorias; la única que puede y debe fijarnos, es la autoridad de la Iglesia considerada como una sociedad tan antigua como el mundo, existente ántes que existiesen las Escrituras y encargada del depósito de estos divinos libros. De su mano los recibimos, y de ella sola podemos aprender cuáles son los que merecen ser reconocidos por tales, y consiguientemente insertos en el cánón que los contiene. El cánón de la Iglesia fue primero el de los Judios, en medio de los cuales ella subsistia en las personas de los justos anteriores á Jesucristo; y los libros contenidos en este primer cánón, son los que se llaman *protocanónicos*. La Iglesia despues ha añadido los que por esta razon se llaman *deutero-canónicos*, y todos los que están comprendidos en el cánón de los libros del Nuevo Testamento. Hé aquí el cuerpo entero de las *Escrituras* que se llaman *Canónicas*, y que solas forman la SAGRADA BIBLIA tal como nosotros la presentamos en esta obra.
